



XXV Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

20 de septiembre de 2026

I. Notas exegéticas

Del Libro de Isaías (Is. 55,6-9)

Mis planes no son sus planes

Este trecho proclamado finaliza la segunda parte del libro de Isaías (Segundo Isaías). El profeta, que ha mostrado cómo Dios brinda consuelo a su pueblo en todo el libro, ahora hace un anuncio solemne de redención por parte de Dios para los desterrados en Babilonia, en un llamado a la conversión; Dios supera todo plan y proyecto humano y es una compasión y generosidad desbordante. Por eso, él recuerda que buscar al Señor y dejarse guiar por su Palabra fecunda empapa nuestra vida de su voluntad. La vehemencia del v. 6 de “buscar al Señor” empuja hacia ese tiempo de gracia y de conversión como oportunidad siempre activa. Es una exhortación a participar en los bienes de la nueva alianza (vv. 1-5) para convertirse mientras aún hay tiempo (vv. 6-11). La imagen de la lluvia y la nieve que descenden del cielo para fecundar la tierra (vv. 10-11) no es otra cosa sino la bendición fecunda del Señor en su Palabra.

El énfasis litúrgico recaerá en los vv. 8-9 como una gran distancia entre la soberanía de Dios, su capacidad de misericordia y perdón, por encima de cualquier pensamiento humano. Por eso, Dios no convierte al hombre si el hombre no se orienta hacia él.





Salmo 145 (144), 2-3,8-9.17-18. R/. 18a

Cerca está el Señor de los que lo invocan

Este último salmo didáctico y alefático (alfabético para nosotros) del salterio nos trae el apotegma (sentencia sintética) más recurrente para hablar de los atributos de Dios: el Señor “clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad”. Esta bondad recae en los que saben confiar. “Cerca está de los que lo invocan sinceramente”. Los atributos de Dios y sus acciones merecen toda alabanza por su insondable grandeza. El cuerpo del salmo, en sus dos secciones (vv. 3-12; 13-20), desarrolla los temas de la introducción (vv.1-2): la divinidad y la realeza del Señor. La centralidad que tiene en este salmo la realeza divina (el reinado de Dios), debe seguir creciendo. ¡Dios es Rey! Pero un rey que pone todo su poder al servicio de su amor y derrama sus bendiciones sobre la humanidad porque se interesa por su creación y en ella difunde vida. La ternura y misericordia del Señor se desbordan hacia nosotros si lo buscamos sinceramente.

De la carta del apóstol San Pablo a los Filipenses (Flp. 1,20c-24.27a)

Para mí la vida es Cristo

Este último salmo didáctico y alefático (alfabético para nosotros) del salterio nos trae el apotegma (sentencia sintética) más recurrente para hablar de los atributos de Dios: el Señor “clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad”. Esta bondad recae en los que saben confiar: “Cerca está de los que lo invocan sinceramente”. Los atributos de Dios y sus acciones merecen toda alabanza por su insondable grandeza. El cuerpo del salmo, en sus dos secciones (vv. 3-12; 13-20), desarrolla los temas de la introducción (vv. 1-2): la divinidad y la realeza del Señor. La centralidad que tiene en este salmo la realeza divina (el reinado de Dios) debe seguir creciendo. ¡Dios es Rey! Pero un rey que pone todo su poder al servicio de su amor y derrama sus bendiciones sobre la humanidad, porque se interesa por su creación y en ella difunde vida. La ternura y misericordia del Señor se desbordan hacia nosotros si lo buscamos sinceramente.





Aclamación antes del Evangelio (Hch. 16,14b)

Abre Señor nuestro corazón, para que aceptemos las palabras de tu Hijo.

Pablo, que estaba predicando en Filipos, y en una experiencia de encuentro con unas mujeres, llamó la atención de Lidia, a quien “el Señor le abrió el corazón” al mensaje de salvación proclamado por Pablo.

La aclamación litúrgica está puesta en forma de súplica para llegar a esa disposición por parte de nosotros.

Del Santo Evangelio según San Mateo (Mt 20,1-16)

¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?

En la construcción narrativa que hemos tenido litúrgicamente, después de la enseñanza de la comunidad con la corrección y el perdón proclamados en los domingos anteriores, sigue una sección llena de imágenes en parábolas.

Los tres domingos siguientes estaremos contemplando parábolas, todas ellas recreadas en torno al trabajo en la viña.

Para nuestro caso de la celebración de este domingo, donde los textos del mismo evangelio han puesto su énfasis anteriormente en “la recompensa por haberlo dejado todo” (Mt 19,27-29), para la presentación de la actual parábola nos encontramos con una inclusión literaria que se vuelve eje interpretativo de la misma: “muchos primeros serán últimos y muchos últimos primeros” (Mt 19,30; 20,16).

La presentación formulada no difiere de las del capítulo 13: “El Reino de los cielos es semejante a...” con la contundencia de ver que el Reino de los cielos “actúa como...”. El protagonista es el dueño de casa o propietario (en los domingos siguientes lo veremos como un padre de familia o un arrendador de su viña), que refleja análogamente a Dios Padre.





Plan de Predicación

La centralidad para la presente se dará en el momento del pago (que demuestra el porqué de la inclusión). Todos los personajes se sorprenden o incomodan, no por la forma de realizar el pago, sino por el valor entregado: un denario.

La interpretación que se ha dado en toda la Tradición y enseñanza de la Iglesia siempre se ha dirigido, desde su aspecto de parábola, como la recompensa de “la vida eterna” y no una recompensa cuantitativa o material. Y si fuera de este último modo (que no es del todo su propósito), la misma parábola trata de equilibrar esa descompensación económica hablando de cómo sólo con los de la primera hora de la madrugada convino y ajustó el valor del pago (v. 2). Nunca es un caso de injusticia.

Los vv. 13-16 responden a las inconformidades e incomodidades de “los primeros”; el propietario no es injusto, él “pone en su puesto” a los que reclaman y manifiesta su bondad y generosidad para con el resto, especialmente con “los últimos”. Reprocha la envidia de los primeros por su bondad con “sus asuntos”. “El Reino es un don de Dios y no un salario por las obras de la Ley; la salvación no es una recompensa debida casi por contrato; es, ante todo, una iniciativa divina hecha de amor y de comunión, en la que el hombre es invitado a tomar parte con gozo y sin restricciones” (G. Ravasi).

Nunca se cuantifica por los esfuerzos y trabajos hechos, como a base de meritocracia, sino que se recibe como bendición por la aceptación a la llamada de la salvación. La viña resulta ser la participación en el Reino de los cielos.

Otro aspecto de la misericordia y generosidad de Dios, en la figura del dueño, es su insistente convocación a participar de su viña (figura que fácilmente se emparenta con el campo de Dios, el Reino). Desde el amanecer, a la hora tercera, a la sexta, en la novena y a la undécima hora (diferenciación horaria que marca una jornada en el ambiente judío).

Esta variedad habla de la diversidad de momentos vitales de una persona o de la diversidad de las personas en su edad, como lo alude san Gregorio Magno. La exhortación postsinodal *Christi Fideles Laici* abre su mensaje precisamente con este





Plan de Predicación

texto para reconocer el llamado a todos a la construcción del Reino de Dios en el mundo (ChFL 1-2).

A manera conclusiva, el llamado a participar del Reino es para todos y la bendición entregada es el mismo Reino, la vida eterna. El amor de Dios y la salvación son la recompensa que se da plena e incondicionalmente para todos (últimos y primeros).





II. Pistas homiléticas

- La lógica de Dios supera nuestros pensamientos, que en muchas ocasiones se miden por méritos o por perfiles con los que se considera ganado o logrado algo. Para Dios, la mirada no se hace en la efectividad, el rendimiento o la productividad, sino en saciar la necesidad humana de salvación por su infinita misericordia.
- «La vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como las de toda creatura (cf. 1 Co 2,7-9)». (Catecismo de la Iglesia Católica, 1998).
- «El término “mérito” designa en general la retribución debida por parte de una comunidad o una sociedad a la acción de uno de sus miembros, considerada como obra buena u obra mala, digna de recompensa o de sanción. El mérito corresponde a la virtud de la justicia conforme al principio de igualdad que la rige. Frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito por parte del hombre. Entre Él y nosotros, la desigualdad no tiene medida, porque nosotros lo hemos recibido todo de Él, nuestro Creador. El mérito del hombre ante Dios en la vida cristiana proviene de que Dios ha dispuesto libremente asociar al hombre a la obra de su gracia. La acción paternal de Dios es lo primero, en cuanto que Él impulsa, y el libre obrar del hombre es lo segundo, en cuanto que éste colabora, de suerte que los méritos de las obras buenas deben atribuirse a la gracia de Dios en primer lugar, y al fiel, seguidamente. Por otra parte, el mérito del hombre recae también en Dios, pues sus buenas acciones proceden, en Cristo, de las gracias prevenientes y de los auxilios del Espíritu Santo». (Catecismo de la Iglesia Católica, 2006-2008).
- Para “cultivar la fe” es necesario el ejercicio de responder al cuidado, crecimiento y fortalecimiento de la fe, en mí y en los otros. Nunca nuestra fe





Plan de Predicación

es acabada y perfecta, pero sí digna de ser conocida, amada y servida con mayor perfección. Escuchar al Señor, que nos llama al cultivo de nuestra fe, nos implica a todos y nos lleva a la misma meta: la salvación y la vida eterna.

- «Me descolocaba tu justicia extraña, esa forma de medir que olvidaba las horas trabajadas. Me enfadaba con los que hicieron menos, creyeron menos, sacrificaron menos, y me indignaba contigo, que parecías no ver nada. Intentaba negociar mejor paga, algún reconocimiento, una que otra medalla. Me dolía lo injusto de tu salario. Me extrañaba lo ilógico de tus premios. Me mordía la reivindicación y envidia, la suerte de los jornaleros de la última hora. Hasta el día en que yo fui el último, el más zoquete, el más frágil, el más malo, el más amado... y empecé a entender». (*Curiosa forma de pagarnos*, José María R. Olaizola, SJ).

Oh Dios, que has puesto la plenitud de la ley divina en el amor a ti y al prójimo, concédenos cumplir tus mandamientos, para que **merezcamos** llegar a la vida eterna. (*Oración Colecta de la Misa Domingo XXV*).





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos todos, bienvenidos a la celebración eucarística. El Señor de la vida nos convoca en asamblea litúrgica para conmemorar el misterio de nuestra salvación y derramar sobre nosotros la gracia divina que nos mantiene en camino de conversión. Por eso, alegrémonos en Dios y participemos con gozo, porque nuestra vida está en Cristo y en Él alcanza su plenitud.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios es luz en el camino y fuente de conversión para los creyentes. El que medita en ella hallará el camino de la verdad, y el que la practica vivirá según la voluntad de Dios. Escuchemos con fe.





Oración de fieles

Presidente: Al buen Dios, que sale en búsqueda del hombre para llamarlo a tomar parte en las tareas de su viña, presentemos nuestras oraciones.

R/: *Por tu clemencia y misericordia, escúchanos, Señor.*

1. Por la Iglesia universal, para que sea compañera de camino de aquellos a quienes el Señor quiso llamar a sus horas.
2. Por la Arquidiócesis de Bogotá en este trienio de la fe, para que, mediante sus acciones evangelizadoras, nutra la fe de los fieles.
3. Por los gobernantes, para que busquen al Señor que se deja encontrar y lo invoquen con sinceridad de corazón.
4. Por quienes erróneamente se dejan conducir por sendas de maldad, para que, conscientes de la bondad del Señor, tomen el camino que conduce a la salvación.
5. Por nosotros, para que, viviendo en el mundo, conservemos el deseo de participar de la vida del cielo.

Presidente: Tú, Señor, que estás cerca de los que te invocan, recibe nuestras oraciones y danos aquello que más nos conviene. Por Jesucristo, nuestro Señor.





XXV Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A

20 de septiembre

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

A la mayoría de nosotros nos resulta difícil entender que las cosas que nos convienen, que nos hacen bien, que son saludables, no necesariamente coinciden con aquello que nos gusta o nos resulta placentero.

Así es la voluntad de Dios: no es algo que necesariamente deseemos o que nos dé beneficios rápidos. Sin embargo, acogerla y confiar en ella nos ayuda a crecer, a madurar y nos ejercita en el amor.

2. Motivar

Es importante considerar que las cosas que consideramos molestas también representan oportunidades para obtener grandes aprendizajes y para crecer; y que se pueden presentar en cualquier momento. No hay un momento exacto para colaborar y realizar lo que Dios nos invita. Dios sale al encuentro en cualquier hora de nuestra vida para proveernos del bien que necesitamos, como el dueño de la viña del que habla Jesús.

Las huellas de la voluntad de Dios se descubren a través de buenos hábitos, por ejemplo:

- la alimentación saludable y el autocuidado,
- control de las pantallas,
- el estudio,
- los oficios de la casa.





3. Retar

Nos gusta pensar que podemos con todo sin ayuda de nadie, sin escuchar; que nadie nos debe decir lo que debemos hacer. Lo cierto es que no tenemos las respuestas apropiadas para todo. El reto es estar atentos a la voz de Dios, que habla en nuestro interior y nos indica el camino del bien a través de la corrección y de la enseñanza de quienes nos aman, aunque al principio no entendamos o nos sintamos contrariados.

Proponemos tres pequeños retos para incentivar la constancia y la diligencia.

1. Vas a asumir una pequeña responsabilidad en casa, puede ser algo sencillo pero que sea constante.
2. Cuando los papás te pongan una tarea o responsabilidad vas a responder a la primera sin hacerlos esperar.
3. Cada día, antes de salir a la escuela, le vas a decir a Dios que estás dispuesto a hacer su voluntad con alegría.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Sean todos cordialmente bienvenidos a esta Santa Eucaristía. El caminar de los creyentes es acompañado por una palabra poderosa: la de Dios. Hoy escucharemos que no es fácil dejarse conducir por ella; no siempre corresponde a lo que deseamos o a cómo pensamos que deben ser las cosas. Dejarnos guiar por ella nos abre nuevos panoramas y propósitos llenos de misericordia, justicia y paz para todos. Comencemos juntos la misa con alegría y devoción.

Monición a las lecturas

El profeta Jeremías nos dirá que los caminos de Dios no son nuestros caminos y que nuestros deseos no siempre son los que quiere Dios para nuestra vida. Esto no es malo, todo lo contrario. Dios nos quiere para cosas grandes y quiere que nuestra vida tenga un propósito. No importa en qué momento nos llame ni cómo lo haga; lo importante es aceptar su invitación y ser generosos con la respuesta. Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente: Queridos niños, pidámosle a Dios que, escuchando su dulce voz, podamos responder con generosidad a su llamado. Respondamos juntos:

R./ Padre bueno, que cada día hagamos tu voluntad.

1. Oremos por la Iglesia, por el papa León y el arzobispo Luis José, para que todos sigamos a Jesús con alegría, perseverancia y amor, y aceptemos con generosidad la misión de llevar su mensaje a quien más lo necesite. **Oremos.**
2. Oremos por nuestros profesores, catequistas y quienes nos ayudan a crecer, para que Dios les dé sabiduría, paciencia y alegría para acompañarnos en nuestro camino. **Oremos.**
3. Oremos por nuestras familias, para que aprendamos a confiar en Dios y, aunque encontremos dificultades y percances, permanezcamos unidos y nunca nos rindamos. **Oremos.**
4. Oremos por todos los que hemos venido a la parroquia, para que cada día aprendamos y acojamos el camino que Dios nos ha preparado. **Oremos.**

Presidente: Padre bueno, escucha estas oraciones que te presentamos con fe y confianza. Ayúdanos a vivir en tu amor, siguiendo el camino que nos tienes preparado, y a sembrar semillas de amor por todo el mundo. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

